

tad de conciencia (1). La libertad va á salir del fuero interno y á manifestarse á la luz del sol. ¡Cuán pobre y cuán zurda es esa libertad á su entrada en el mundo! Aun se ve encadenada por mil invisibles lazos que entran sus movimientos. Y hé aquí que se levanta un gigante de la libertad de pensar. Diríase que Dios mismo le quitó la vista para que llegase á ser todo pensamiento, para que llegase á estar libre de toda influencia exterior. Ese gigante es Milton. Pero Milton es cristiano, aunque su cristianismo se parezca poco al cristianismo oficial. ¿Cómo conciliar su ardiente amor á la libertad con una religión que predica el desdén á la vida civil y política, la sumisión y la paciencia llevadas hasta la abdicación de la personalidad humana? (a).

Grande es el embarazo de Milton, que hace esfuerzos titánicos para romper las cadenas de la Sagrada Escritura. ¿Por qué toma Jesucristo la forma de esclavo? Por darnos la libertad. Y no es solamente la libertad interior la que ha querido darnos, sino la libertad civil y política. ¿Acaso no canta María, la Madre del Cristo, que su Hijo ha venido para levantar á los pequeños y abatir á los grandes, es decir, á los déspotas? Milton está tan convencido de que la buena nueva es una predicación de libertad, que la halla en todas las palabras de Cristo. Cuando el Maestro dice á sus discípulos que entre ellos no habrá ni primero ni último, eso quiere decir que los reyes no serán ya los amos de sus súbditos, no serán ya más que los ministros del pueblo, sin lo cual no podrán llamarse cristianos (2). Si se le arguye con las palabras de los apóstoles, que ordenan la obediencia á las potestades establecidas, Milton retuerce los textos para hacerles decir que San Pablo entiende por potestades las autoridades legítimas que gobiernan según las leyes; que cuando se trata de tiranos, puesto que son bandidos, no se puede decir que su autoridad emane de Dios. Después de todo, si es necesario obedecer á aquel que ejerce el poder de

(1) Véase mi *Estudio sobre las guerras de religión*.

(a) Aquí aparece Laurent más ciego que Milton. Éste, sin vista corporal, encuentra en el Evangelio su bello ideal republicano. Aquél, con vista de lince, se empeña en ponerse una venda á los ojos del espíritu.—(N. del T.)

(2) JOANNIS MILTONI ANGLI *Defensio pro populo Anglicano, contra Salmastii Defensionem regiam* (Londini, 1651), p. 77-84: «Rex autem inter christianos aut omnino non erit, aut erit servus omnium: si plane vult esse dominus, esse simul christianus non potest.»

hecho, ¿quién impide al pueblo el arrojar al tirano y reemplazarle con magistrados de su elección? Un hecho reemplazará á otro hecho, y el último será tan legítimo como el primero. ¿Acaso la libertad sería menos sagrada que el despotismo? (1). Opónensele los mártires y su paciencia á toda prueba: Milton se ve embarazado con la abnegación de los primeros cristianos, y no encuentra qué responder, sino que los discípulos del Cristo no han podido resistir á los emperadores, porque eran débiles y estaban desarmados (2). ¡Cosa singular! Belarmino, el doctor del ultramontanismo, da la misma respuesta (a).

No nos burlemos de esas sutilezas; compadecemos al gran genio que no llegó á emanciparse de la dominación de la fe más que con el sudor de su frente. Lo que nos importa son los resultados de esa lucha entre la libertad de pensar y los textos tenidos por divinos. Milton es republicano, todo el mundo lo sabe; es más que eso: es librepensador, y reclama contra los republicanos mismos el derecho que tiene todo hombre de publicar lo que piensa. En Inglaterra existía la censura todavía bajo la república. Milton se indigna y truena contra ese asesinato del pensamiento, mil veces más culpable que el de un individuo (3). Felizmente la Biblia no prescribía la censura. Pero aun eran necesarias nuevas revoluciones para poner fin á esa mutilación del espíritu humano.

Estamos buscando los precursores del 89. Hé aquí uno: es un libertador de la humanidad. ¿Se dirá que Milton era cristiano, y que es al cristianismo á quien hay que atribuir los principios de libertad de los que aquél fué elocuente defensor? Sí, Milton es cristiano, pero es un cristiano que rechazan todas las Iglesias ortodoxas; no cree en la divinidad del Cristo ni en una revelación milagrosa; es cristiano á la manera de los protestantes avanzados, que dan la mano á los filósofos, y sus aspiraciones están tan poco inspiradas en la Biblia,

(1) JOANNIS MILTONI ANGLI *Defensio pro populo Anglicano, contra Salmastii Defensionem regiam* (Londini, 1651), p. 88-96.

(2) JOANNIS MILTONI ANGLI, *Defensio pro populo Anglicano*, página 111.

(a) Pero ¿qué necesidad hay de que lo dijese Belarmino ni Milton ni nadie? ¿Venía Cristo á establecer repúblicas ni monarquías? Quería emancipar al hombre del yugo de la materia; quería levantarlo, regenerarlo, darle nueva vida. Lo demás ya vendría de suyo y por necesidad, como va viniendo. Esto lo vio Milton, aunque era ciego.—(N. del T.)

(3) Véase la parte novena de mis *Estudios sobre la historia de la humanidad*.

que la violenta para hacer entrar en ella la libertad. El comentario vale más que el original. Hay un libro más sagrado que las Sagradas Escrituras, la conciencia del hombre, donde Dios mismo ha escrito nuestros deberes y nuestros derechos. Los órganos de la conciencia humana son los verdaderos héroes de la humanidad. La Iglesia, en su estrechez y su ceguedad, los rechaza. ¡Paciencia! Hé aquí que ya se forma la Iglesia verdaderamente universal, la cual colocará al pobre ciego entre sus santos y en primera fila (a).

### III

Las inspiraciones del genio necesitan ser reducidas á calderilla para que circulen entre las masas; entre ellas no serían apreciadas las barras de oro puro. A últimos del siglo XVII hubo un filósofo, un librepensador, también cristiano, pero á su manera, el cual resumió el trabajo que en favor de la libertad habían hecho las agitaciones revolucionarias. Locke no es de la raza de los titanes como Milton; pero si se hubiese de juzgar á los hombres por la influencia directa que ejercen, habría que colocar al filósofo por cima del poeta: aquél fué el oráculo del siglo XVIII, y el siglo XVIII terminó en la Revolución.

Locke determina, con la claridad que le distingue, los derechos del hombre enfrente de la sociedad. Desde las primeras líneas de su obra acerca del *Gobierno civil* declara que el Estado natural del hombre es un estado de perfecta libertad, en el cual, sin pedir permiso á nadie y sin depender de ninguna voluntad ajena, el hombre puede hacer lo que se le antoje y disponer como quiera de su persona y bienes, con tal que se contenga en los límites de la ley natural. Después de haber reconocido la libertad del hombre, añade Locke que el estado de naturaleza es también un estado de igualdad, porque es evidente, dice, que han de ser iguales entre sí las criaturas de la misma especie y del mismo orden, que han nacido sin distinciones y que participan de las mismas ventajas. Locke coloca la libertad antes de la igualdad: aquélla es la que más le interesa. Y ¿dónde la va á buscar? No es á la Biblia, es á la naturaleza del hom-

bre. Los principios del filósofo inglés son los del 89, y su lenguaje es también el mismo. En 1789, la Asamblea constituyente declaró que los derechos del hombre son inalienables. Locke dice también que la libertad no puede ser enajenada: «La libertad en virtud de la cual nadie puede estar sometido á un poder arbitrario es tan necesaria y está tan estrechamente unida á la conservación del individuo, que no puede ser separada sin que al mismo tiempo se perjudique su conservación y su vida», (1). Entre los derechos naturales del hombre, el filósofo inglés coloca la libertad de conciencia, y rechaza toda intervención del Estado en materias de religión, porque el Estado es radicalmente incompetente. La sociedad civil no tiene por objeto más que los intereses civiles, y la religión no es un interés civil. El Estado no ejerce acción más que sobre las cosas exteriores, y la ejerce coercitivamente, mientras que la fe es cosa interior y no consiente la violencia. Todo debe ser libre en materia de creencias. Se nace miembro de un Estado, pero no miembro de una Iglesia, á menos que se pretenda que la fe se transmite por vía de herencia como los bienes muebles ó inmuebles (2).

Hé ahí los derechos que cada cual tiene de la naturaleza. ¿Se los puede quitar el Estado? Locke funda el Estado sobre un contrato, el cual implica el consentimiento de los miembros de la sociedad, y bajo ese punto de vista, es evidente que el Estado debe tener por misión la defensa de los derechos de sus miembros, puesto que ese es el fin para el que los hombres se reúnen en sociedad. Y si el fin de la sociedad civil es la conservación de la vida, de los bienes y de la libertad, ¿no sería soberanamente absurdo que el gobierno instituido por el concierto voluntario de los hombres para mantener sus derechos usase de su poder contra esos derechos mismos? El poder soberano en una sociedad, cualquiera que él sea, no puede nada contra el objeto de su institución (3).

Pero ¿qué sucederá si el Estado es infiel á su misión, y si, en vez de garantizar los derechos del hombre, los viola? Entendemos aquí por Estado el órgano legítimo del pueblo soberano, el poder le-

(1) LOCKE, *del Gobierno civil*, c. I y III, p. 1, 2, 33, de la traducción francesa.

(2) LOCKE, *Prefacio de la primera carta sobre la tolerancia* (WORKS, t. VI, p. 10).

(3) LOCKE, *del Gobierno civil*, c. VIII, p. 169 y siguientes.

(a) Es una verdad; pero advierta Laurent que en eso hay mucho cristianismo, más de lo que á él se le antoja.—(N. del T.)

gislativo. Dicho se está que un tirano no tiene ninguna cualidad para imponer su voluntad á una nación. Locke va más lejos. Hay gobiernos absolutos que parecen legitimados por el tiempo, por el consentimiento tácito de la poblaciones. El filósofo inglés no es de esa opinión; dice que la monarquía absoluta no puede ser considerada como una forma de gobierno, porque es incompatible con la sociedad civil. Y efectivamente, ¿cuál es el objeto de la sociedad civil? ¿No es el de remediar los inconvenientes que resultan del estado de naturaleza, en el sentido de que cada hombre encuentre en el estado social una protección para sus derechos que no encuentra en aquél? Pues la monarquía absoluta es precisamente la ausencia de toda garantía; es, en realidad, el estado mismo de naturaleza: reina la fuerza, ella es la que funda el despotismo y la que le destruye (1).

El debate se hace más serio cuando es un gobierno regular el que pretende encadenar ó destruir la libertad natural del hombre. Si una ley hecha según las formas constitucionales atenta á un derecho natural, ¿deben obedecerla los ciudadanos? Locke responde resueltamente que no: es la misma respuesta de las dos revoluciones que hizo la Inglaterra en el siglo XVII. El poder legislativo ha gozado siempre en Inglaterra de una inmensa potestad; es el poder supremo, pero no es arbitrario, porque los hombres no pueden enajenar su voluntad natural, y es imposible que den al Parlamento un poder ilimitado sobre sus vidas, sus bienes y sus derechos. Establecido para conservar los derechos del hombre, el poder legislativo no podría abolirlos sin ponerse en guerra con el pueblo. Desde ese momento, el pueblo ya no está obligado á la obediencia, y tiene el derecho de recurrir á ese común refugio que Dios ha abierto á todos los hombres contra la fuerza y la violencia. "Siempre que el poder legislativo, por ambición ó por temor, por locura ó por corrupción, trate de ponerse ó de poner á otros en posesión de un poder absoluto sobre la vida, la libertad y los bienes del pueblo, perderá el poder que el pueblo le ha dado para fines enteramente opuestos. El pueblo recobrará su libertad originaria y establecerá una nueva autoridad legislativa," (2).

(1) LOCKE, *del Gobierno civil*, c. vi, p. 1.º.

(2) LOCKE, *del Gobierno civil*, c. x y xv, p. 180 y sig., 292 y siguientes.

Locke es un filósofo, y éstos no son partidarios de la violencia; si escribe la teoría de las revoluciones, es que éstas son, en realidad, la reivindicación de los derechos naturales del hombre. Verdad es que van acompañadas de mil males y que los excesos son inevitables; pero falta saber quién debe responder de esos desastres. Los defensores de lo antiguo se los imputan á los que inician las revoluciones, es decir, á las víctimas de la opresión.

¿Para qué no se quejan á los opresores? Oigamos la palabra grave del filósofo inglés: "Cualquiera que atropella los derechos de otro y da ocasión á perturbaciones, se hace reo del mayor de los crímenes y es responsable de todas las desgracias, de todos los desórdenes que se causen y de toda la sangre que se derrame; los culpables de un atentado tan enorme deben ser mirados como enemigos del género humano y como tales considerados," (1). La Revolución francesa ha repetido esa consigna de insurrección y aun la ha inscrito en sus constituciones; de ello se la acusa como de un crimen; pero gracias á ese crimen, tuvimos la revolución religiosa del siglo XVI y la revolución política del XVIII, que ha inaugurado la era de libertad y de igualdad.

#### N.º 4.—La Revolución y la Reforma.

¿Cuál será nuestra conclusión? ¿Diremos que la Revolución del 89 procede de la Reforma, porque se ha inspirado en la filosofía, y los filósofos del siglo XVII son discípulos de Locke? Ya hemos respondido de antemano á esta pregunta. En la sociedad moderna hay otros elementos más que el de la religión, hay, ante todo, el libre pensamiento. Y Locke aun más que Milton era libre pensador. Nada lo prueba mejor que su opinión sobre la tolerancia. Ningún escritor sinceramente cristiano es partidario de la libertad religiosa, que es una libertad filosófica, y que no es cristiana, ni protestante, ni católica. Pues la libertad religiosa es el primero de los derechos del hombre que constituyen la verdadera libertad. Por consiguiente, hay que decir que la Revolución procede de la filosofía más que del cristianismo (a).

Añadamos que hay un elemento de raza en la

(1) LOCKE, *del Gobierno civil*, c. xvi, p. 305.

(a) Contra lo que demuestra la historia y contra lo que han dicho los mismos revolucionarios.—(N. del T.)

civilización y también en el movimiento liberal. Esto en vano se negaría. El cristianismo se ha esparcido por ambos mundos. ¿Dió acaso la libertad á la Alemania el cristianismo reformado? ¿Hubiera producido la libertad en Inglaterra si no hubiese encontrado el suelo preparado para recibirle? Lo que más prueba contra la Reforma es que, en un país que practicaba la libertad desde la Edad Media, comenzó por ser una predicación de servidumbre, porque no se puede dar otro nombre á la doctrina de la obediencia pasiva profesada por la Iglesia anglicana hasta la víspera del siglo XVIII (a). Si las sectas disidentes reclamaron la libertad, fué por espíritu de conservación, fué por la necesidad de defenderse contra la Iglesia que las oprimía. ¿A quién debe, pues, la Inglaterra el ser libre? Lo debe al espíritu de libertad que animaba á los barones y á los municipios desde el siglo XIII.

En Francia, la Reforma no existió más que en estado de secta y estuvo en minoría; no se puede decir lo que hubiera hecho si hubiera obtenido el poder; pero es más que probable, y lo acreditan las doctrinas de sus ministros en el siglo XVII, que el genio de la nación hubiese sido más fuerte que el genio de la Reforma, suponiendo que los hugonotes hubiesen tenido el espíritu de libertad, que no es seguramente el espíritu del cristianismo. El que reinaba en Francia era el espíritu de igualdad, de esa falsa igualdad que ha viciado la libertad hasta el punto de comprometer su existencia. Esta es la mala influencia del elemento de raza. Hay otra que es bienhechora y que se relaciona con un carácter esencial de la Revolución francesa.

¿Por qué la Revolución del 89 ha estallado en un país católico? No se dirá que es porque el catolicismo sea la religión de la libertad. Si hay alguna secta cristiana que sea favorable á la libertad, es más bien el cristianismo reformado. ¿Por qué no ha sido la revolución de 1688, revolución protestante, la que ha inaugurado la era nueva que data de la Revolución francesa? Que no se responda: casualidad, accidente; la casualidad es una palabra vacía de sentido que sirve para cubrir nues-

tra ignorancia. La Revolución francesa tenía una misión más alta que la de 1688. Esta quedó limitada á Inglaterra, en donde consolidó el régimen representativo, pero no ejerció influencia alguna sobre el continente, mientras que la Revolución del 89 ha manifestado desde sus primeros pasos la ambición de dar la vuelta al mundo, y ha cumplido su palabra. Los principios del 89 dominan en toda Europa y están destinados á dominar en la humanidad. Para ser órgano de esa Revolución era indispensable una raza nacida para la propaganda, y tal es la raza francesa. ¿Quién ha desarrollado ese cosmopolitismo? La filosofía unida á una tendencia de la raza francesa. Ha sido, pues, por un beneficio de la Providencia por lo que la Francia ha permanecido católica, para hacerse filósofa en el siglo XVIII. Se puede afirmar resueltamente que, si se hubiese hecho calvinista, no habría realizado la Revolución del 89 (a).

¿Se quiere la prueba de ello? Los escritores franceses que aman la libertad, pero que son protestantes, no comprenden nada de la Revolución francesa, así como no la ha comprendido la Inglaterra. El folleto de Burke expresaba bien los sentimientos de la nación inglesa. Burke nacionaliza la libertad, ensalza los derechos de los Ingleses, y no sabe lo que quieren decir los derechos del hombre, que apasionan tanto á sus vecinos los Franceses. Tales son igualmente las ideas de madama Stael, la cual, en su bello libro sobre la Revolución, nada dice sobre la inmensa influencia que el movimiento del 89 ha ejercido y tiene que ejercer en el mundo. La distinguida escritora es de la opinión de los Ingleses: "que los beneficios de una constitución libre están necesariamente limitados al país donde rige," (1). Verdad es que no se trasplantan las instituciones particulares de un pueblo á otro, como no se puede trasplantar el genio de la nación donde aquéllas han nacido; pero por cima de esas particularidades nacionales hay principios de una verdad eterna y universal; tales son los principios

(a) Este aserto es perfectamente gratuito y envuelve un visible contrasentido. Se necesitaría escribir un libro para demostrar los falsos prejuicios y las erróneas apreciaciones de Laurent. En la imposibilidad de hacerlo, remitimos al lector al curioso trabajo de crítica que de ese criterio histórico hizo ya Edgar Quinet con el título de *Filosofía de la historia de Francia*.—(N. del T.)

(1) MADAMA DE STAEL, *Consideraciones sobre la Revolución francesa*, parte 6.ª, c. VII.

(a) Lo del elemento de raza está desmentido por la historia. Los Alemanes han sido esclavos cuando Italia y España gozaban de fueros y libertades, y aun cuando Francia hacia su revolución y paseaba por todo el mundo la bandera tricolor. Y lo de la Iglesia anglicana tiene su explicación en el espíritu servil y codicioso de su clero.—(N. del T.)

del 89, que han entusiasmado á la Francia y han regenerado á la Europa. ¿Quién ha dado á la raza francesa esa impetuosidad que la inclina á dilatarse unas veces por las armas y otras veces por medio del pensamiento? En primer lugar Dios, y después de Él, ó, por mejor decir, bajo su inspiración, los filósofos, que durante un siglo predicaron humanidad, fraternidad y cosmopolitismo. Madama Stael no cree "que las naciones participen todavía de ese noble sentimiento de humanidad que abrasa desde una parte á otra del mundo. Si aún se odian los vecinos, ¿se amarán, dice, los que viven á largas distancias?". Hé ahí palabras inglesas más bien que francesas. Madama Stael, tan llena de abnegación en las relaciones de la vida privada, ¿no debía haber hecho justicia á la abnegación de un gran pueblo que defendía la causa del género humano? La Francia del 89 tendió la mano á la Inglaterra, y la Inglaterra la rechazó. Allí reinaba ese espíritu de odio ó de egoísmo, por lo menos, que señala madama Stael. ¿No es esa una razón para amar á la Francia y para ensalzarla? No la ama madama Stael: "Si fuera necesario, dice, que una de las dos naciones, la Inglaterra ó la Francia, desapareciese, valdría más que conservara el depósito que la Providencia le ha confiado aquella que tiene cien años de libertad, cien años de ilustración, cien años de virtudes." Sí, la Inglaterra ha hecho fructificar admirablemente ese depósito, pero ha sido en su provecho. Sin la Revolución del 89, la Europa sería aún esclava de algunos millares de hidalgos y otros tantos sacerdotes cómplices de algunos reyes; no es la Inglaterra la que le hubiese emancipado. Y es precisamente por ser protestante por lo que se concentra en sí misma; el protestantismo no ve más que al individuo, y en él reconcentra todas sus preocupaciones, olvidándose de la humanidad. Para hacer una revolución que interesase á toda la humanidad era necesaria una raza humana, filosófica; es decir, que la Francia estaba predestinada á ser el teatro de la Revolución del 89 (a).

(a) El autor se combate aquí á sí mismo y echa por tierra todo el edificio levantado por él á favor del individualismo. Aquí lo hace protestante, antiemancipador y antihumanitario. Y todo esto ¿para qué? Para negar al cristianismo todo género de paternidad y de influencia en la marcha del mundo: y no pudiendo aquí adjudicar esa paternidad al germanismo, se la regala á la filosofía.—(N. del T.)

#### § IV.—El catolicismo revolucionario.

##### I

El catolicismo ha tenido también su partido revolucionario; los miembros de la Liga en el siglo XVI pertenecen á la familia de los hombres del 93; la misma violencia de lenguaje, la misma exageración en la doctrina, y los excesos han respondido á la vehemencia de las pasiones: la Saint-Barthélemy puede rivalizar con las sangrientas jornadas de Septiembre. El mismo error que extravió á los católicos desorientó á los republicanos, la funesta creencia en una verdad absoluta, considerarla como la única vía de salvación. Para los de la Liga, esa verdad era el dogma de la Iglesia; para los demócratas, era la república con su lema: libertad, igualdad y fraternidad. Cuando se trata de asegurar la salvación eterna, todo medio parece legítimo á los creyentes; la crueldad pasa por misericordia, mientras que ésta es tenida por crueldad: la misma perfidia se reputa una virtud. Los republicanos tenían también su salvación, la salvación pública, que para ellos se confundía con el establecimiento de un gobierno republicano. Tratábase de procurar la dicha de la humanidad; ¿por qué habían de retroceder ante el sacrificio de los derechos individuales? En el siglo XVI resonaba en los pulpitos la palabra libertad, lo mismo que en la tribuna á fines del siglo XVIII. ¡Singular libertad aquella que conduce á un terror católico ó á un terror rojo, es decir, á la anulación de toda libertad individual! Si se quieren encontrar los precursores del 93, ahí están los miembros de la Liga á los que el papa llamaba sus hijos queridos; es una filiación, ó, por lo menos, un parentesco que ni hace honor á la república ni al catolicismo (a).

Se ha tratado, sin embargo, en nuestros días de rehabilitar aquellas saturnales de la Iglesia. Escritores que no conocen la historia más que por su

(a) El cúmulo de gratuitas aserciones que aquí hace y desahace Laurent tienen en lo que aquí dice una expresión verdaderamente volterriana: la fórmula es ésta. Las ideas democráticas de los hombres del 93 pueden entroncar con el cristianismo, por los papas y la Liga. Pero el liberalismo de los doctrinarios nada tiene que ver con la idea cristiana: ese es todo obra de los Bárbaros, del feudalismo, del paganismo, de la ley natural y de la filosofía. Basta formular la aserción para comprender que, si no fuese gratuita, sería poco lisonjera para los doctrinarios mismos. El autor se encarga de probarlo.—(N. del T.)

imaginación se han puesto á ensalzar la Liga: "Jamás, dice Lamennais en la época en que era católico, jamás se ha visto mejor hasta qué punto impregna en las almas el catolicismo el sentimiento de la libertad, sin que altere el principio necesario de la sumisión al poder legítimo, que en la época muy poco conocida de la Liga, una de las más bellas de nuestra historia, si bello es para una nación el salvar á la vez, por un noble arranque y una resolución firme, lo que hay más santo en la tierra y más precioso para el hombre, que no vive de una vida puramente material, la religión y las leyes fundamentales del Estado," (1).

Lamennais no sospechaba que al ensalzar la Liga pronunciaba la condenación del catolicismo. ¿Cuál era la libertad que predicaban los de la Liga? La falsa libertad que hemos señalado al principio de nuestro Estudio, ese error funesto que consideraba libre al pueblo que se declara soberano. Examinemos los hechos, y la historia de la Liga, lo mismo que la de la Revolución, probarán que la soberanía del pueblo así entendida conduce al despotismo. Los primeros que profesaron en el mundo católico esa pretendida libertad fueron los jesuitas. Eso sólo debía bastar para desconfiar de ella. ¿Quién ignora que la Compañía de Jesús fué establecida para sostener el poder del papado? ¿Quién ignora que los reverendos padres son los campeones más decididos de la omnipotencia pontificia? ¿Y cómo se puede conciliar con la libertad la dominación de un hombre que se llama vicario de Dios, cuando extiende su imperio sobre los pueblos y sobre los individuos, y no deja más independencia á los unos que libertad á los otros? Es decir, que la soberanía que los jesuitas reconocen á los pueblos es una soberanía nominal é irrisoria, porque no pudiendo haber más de un soberano, si el papa lo es del mundo, ¿como habrían de ser soberanas las naciones? (a).

(1) LAMENNAIS, de los *Progresos de la Revolución y de la guerra contra la Iglesia*.

(a) El sofisma no puede ser más visible ni cabe argumento más pueril. ¿No ve Laurent que, una vez que el pueblo es el verdadero soberano, habrán dejado de ser las demás soberanías, inclusa la pretendida soberanía del papa? ¡Ah! ¡Pero la religión puede influir en el pueblo!... ¡Qué duda tiene! Como influyen la ciencia y las artes, y el comercio y la industria, y las relaciones exteriores y la educación, y todo lo que rodea al hombre y á los pueblos. Escribir la historia filosófica de la humanidad con los prejuicios de Laurent es hacer un libro de combate, pero no un libro de historia y mucho menos de filosofía.—(N. del T.)

La soberanía del pueblo es un instrumento para los jesuitas, á quienes todo les sirve de instrumento; su fin es la dominación. En nuestros días hemos visto la soberanía del pueblo explotada en favor del despotismo de un César. Los jesuitas se sirvieron de ella contra los reyes protestantes y para sostener el poder de los papas. La Reforma se había propagado y se sostenía con el apoyo de los principes; importaba mucho quitarla sus protectores, y para ello imaginaron los jesuitas declarar *que los pueblos eran soberanos*. Esos buenos pueblos se componían de masas ignorantes, y, por consiguiente, supersticiosas; era fácil ganarles con el atractivo de la libertad unido á las seducciones del fanatismo; y una vez declarados soberanos los pueblos, todo marchaba al pelo. Un príncipe violaba la fidelidad debida á Dios, es decir, rehusaba continuar sometido al yugo de Roma; el papa le deponía y desligaba á los súbditos del juramento de fidelidad. Entonces las naciones, que habían vuelto á entrar en el ejercicio de su soberanía, dejaban de obedecer á su rey hereje y elegían otro ortodoxo, según las órdenes del papa. No hacemos más que transcribir las palabras de un jesuita inglés (1).

La soberanía de los pueblos, colocada bajo la dominación del papa, es una de las más bellas invenciones de los jesuitas. ¡Tan inclinados están los hombres á dejarse engañar, que se les lleva con palabras adonde se quiere! Por desgracia, esas palabras contribuyeron á falsear el espíritu de las naciones católicas, las cuales se creyeron libres porque se las declaraba soberanas, sin apercibirse de que su soberanía servía para legitimar el despotismo del verdadero soberano, del vicario de Dios. Inteligencias de primer orden se dejaron engañar y engañaron después al mundo. No colocamos al padre Suárez entre el vulgo de los engañadores; era un pensador, y nosotros creemos de buen grado en su buena fe. Pues bien; no parece sino que su teoría ha sido escrita en el siglo XIX para justificar algún golpe de Estado imperial, confiscando la libertad en nombre de la soberanía del pueblo.

Suárez es un partidario decidido de esa soberanía. Había en su tiempo escritores protestantes

(1) Véanse los testimonios en mi *Estudio sobre las guerras de religión*, p. 273 y siguientes.